

PSICOLOGÍA DEL INFANTE

ONTOGENIA Y FILOGENIA Ensayo de

Interpretación Por el Dr. J. A. Falconi Vilagómez

El médico de niños no se ha de limitar a conocer la anatomía, fisiología, patología y terapéutica del lactante. Esta última, sobre todo, que es tan distinta del adulto, sino que ha de estar también familiarizado con la mentalidad del párvulo. Se ha dicho que el niño no es un hombre en miniatura, como queriendo significar -que es una cosa diferente. Y en realidad, responde a un tipo o unidad biológica que dista mucho de parecerse al hombre o mujer que constituirá más tarde, física y síquicamente hablando.

Antes de nacer el niño no da otras manifestaciones de vida que los movimientos pasivos que ejecuta en el claustro materno. Chapotea en el líquido amniótico y las contracciones uterinas se transmiten al abdomen de la madre. Según el folklore popular los varoncitos se anunciarán con golpes vigorosos pero no hay nada concreto sobre el particular. La pretendida acidez o alcalinidad de los humores y, especialmente, de la sangre como índice diferencial del sexo, es una de las ilusiones de la biología.

Cuando hace su aparición, a través de la hileria genital, sigue siendo un enigma por lo que respecta al sexo. Ni la matrona más experimentada podría decir si se trata de un varón o de una mujercita. Seguirá siendo un enigma psicológico hasta la época de la pubertad, en que la crisis

psico-clásica decida de su actitud ante la vida.

Una vez venido al mundo es el más desvalido de los seres, pues el pollo a poco de romper con el pico la caparazón calcárea es capaz de buscarse por sí propio su sustento, mientras el niño crecerá los primeros meses como un parásito, a expensas de la madre. Comenzó un ecto-parásito y seguirá por mucho tiempo como un exoparásito. Crecerá, pues, como una liana, o planta trepadora a costa de la madre. Obsérvese como las indias del altiplano llevan sus hijos cargados a la espalda y se confirmará esta aserción.

El niño nace sordo y ciego, prorrumpiendo en un grito lastimero. Llanto que no es el horror de ser avasallado por las fuerzas de la creación como decía Schopenhauer, ni grito de elevada alcurnia según Hegel. Traduce, dice Freud, la expresión de la feroz trauma experimentado. Traumatismo físico y psíquico, cuyo recuerdo no olvidará jamás, y lo resucitará con ocasión de cada nuevo lloro.

Llora pero no vierte ni una lágrima, porque sus glándulas, al igual que los órganos de los sentidos, comenzarán a funcionar más tarde. Tardará seis meses en doblar su peso, mientras un conejo lo hace en seis semanas.

El lactante reproduce la mentalidad del chimpancé, dice el biólogo Klatsch. Y su compatrio-

ta Nicolai obseva que no hay que calumniar el chimpancé. Conviene, pues, colocarle en un punto de vista equidistante, entre el mundo zoológico inferior y el superior, del que formamos parte.

Extremadamente sensible a los ruidos mueve sus miembros desordenadamente, como que no se hallan mielinizados sus nervios todavía (1). Goza de extrema movilidad y su elasticidad es tanta, que llega a chuparse el dedo gordo del pié. A menudo recurre al de la mano, para reemplazar al chupón que tiende a desterrarse en la actualidad, pero entonces conservará esa costumbre hasta mayorcito. A veces hasta la edad adulta.

Mirón, palpador, trepador y parlanchín, son las cuatro principales fases por que atravieza el niño. No es raro que cierre un ojo, mientras tenga abierto el otro, o que bisques un poco, sin que esto último constituya una anomalía, pues los músculos no tienen todavía la suficiente fortaleza para establecer la visión conjugada de los ojos.

Palpará todo lo que se encuentre al alcance de sus manos y querrá llevar las cosas a su boca. No será raro que intente hacer lo mismo con sus excrecencias.

El juego o actividad muscular es una necesidad fisiológica en el niño. Es una descarga nerviosa de ab-reacción. El informe jugará hasta con sus órganos viriles.

En los niños más grandes el juego es el trabajo más serio que conocen. Las niñas se imaginan ser cocineras y creen preparar potajes para sus muñecas, mientras los niños toman tan a pecho su papel de piratas o gue-

rreros, que se contrarían en alto grado cuando alguien quiere disuadirlos de esas cosas (2).

El niño, en sus primeros años, reproduce ontogénicamente las mismas fases de la filogenia. Es decir, las que atravesó la humanidad en su evolución, desde su cuna. Así es fabulista o mitómano. Le gustará inventar cosas fantásticas, reproduciendo la edad de la mitología y de la creación de las religiones. Se mostrará como troglodita, construyendo fosos en la arena y evocando la época de las cavernas. Se dedicará a labores agrícolas, la época de las cavernas. Se dedicará a labores agrícolas, la pesca y la caza, ocupaciones de las razas primitivas. Ejercerá el comercio de trueque de objetos, como el que caracterizó a los pueblos de la antigüedad. Jugará a la guerra, que es la etapa inicial de la civilización, o el retroceso a la barbarie, etc.

Sabido es que los primeros meses anda a gatas, como reproduciendo la edad geológica en que anduvo de tal suerte, y es al fin) Por esta razón el signo de Babinsky es normal en los primeros meses.

- (2) En los versos que siguen, el gran poeta indo-americano Santos Chocario, pinta admirablemente el complejo de represión relacionado con el juego: «Yo no jugué de niño, Por eso es que yo escondo Ardores que estímulo con

(paternal cariño,
Nadie imagina, nadie, lo extraño,
(que en el fondo
Tiene que ser un hombre que no
(jugó de niño».

nal del primer año que tiende a enderezarse sobre el cuarto trasero y a adoptar la actitud definitiva. La de bípedo implume, como calificara Sócrates al hombre.

En el primer año de existencia el niño es un ser absolutamente pasivo. Su papel frente a la vida es la de un espectador, antes que actor. Y en lo biológico es un sujeto anabólico en lugar del catabólico, que será más tarde. Es decir que en esa época de la existencia, —como la mujer en todo tiempo,— consumirá más de lo que produce.

Mamonzuelo, mirón, trepador y parlanchín, he allí las principales actividades del infante. El no tiene otra preocupación que la de nutrirse. Si se le toca la vecindad de los labios con un objeto, los fruncirá como un bociquito de trucha, en actitud de succionar. Es un reflejo innato y heredado.

De los órganos de los sentidos es el olfato el más desarrollado. Merced a él, identifica a su madre o a la nodriza. Pero como vive siempre en presente (el pretérito y el futuro sólo los diferenciará más tarde) conserva re-

cuerdos muy fugaces. Después de separado cuatro días del seno materno ya no podrá reconocer a la madre por el olfato. Sea esto por inestabilidad de la memoria de reproducción o porque la tectónica cerebral y las células ganglionales, que regulan los centros de asociación, comienzan a funcionar algo después.

Hasta pasados los tres meses no se establece la visión estereonósica. Por eso es frecuente verle extender las manos queriendo empuñar objetos situados fuera de su alcance. Cuando comienza a andar no tiene otra noción que la del espacio prehensil. Para él no serán dos o tres metros, sino el esfuerzo que tiene que desarrollar para alcanzar un determinado objeto. Generalmente se trata de un juguete. Vive, pues, en un mundo de dos dimensiones. El niño no tiene idea del espacio como no la tiene del tiempo. En esta fase reproduce la mentalidad del hombre arcaico o la de nuestros jíbaros, para quienes el mes significa el paso de tres o cuatro lunas. Para el niño mayorcito, el domingo o día de fiesta se fija en su calendario, porque es el día que el padre no

trabaja. Pero si se le pregunta, pasado el medio día ¿qué hora es?, responderá lo mismo la una que las cinco. Igual que el esquizofrénico de Bleuler.

EL MIEDO

Hasta la edad de año y medio el niño es incapaz de sentir miedo por nada. Este sentimiento es fruto de la educación que le rodea, de los cuentos que le refieren las nodrizas para obligarles a ser obedientes, o de las experiencias que reciben en la vida. En los países japoneses es corriente que duerman en un cuarto oscuro.

Los psicólogos freudianos difieren de la opinión anterior que es la de los pedagogos. Los primeros afirman que la actitud normal del niño es la de temor. Un temor injustificado ante todo lo que le rodea. Una especie de pavor como el que experimentaba el hombre primitivo, puesto en contacto con un mundo hostil.

Los médicos de niños podemos comprobar la medrosidad de los infantes. A veces se trata de un temor justificable, pues obedece al recuerdo de las inyecciones aplicadas anteriormente, o a la evocación de las medicinas desagradables que le propinaron. Pero en otras ocasiones no hay tal explicación. Es lo mismo que aparezcamos ante el porvez primera o con frecuencia. Que lo hayamos sujetado a e xámenes desagradables o tratamientos dolorosos. Que nos mostremos ante él en vestido de civil o con el mandil de la consulta. El niño reaccionará en forma ne-

gativa. De cada cien infantes, apenas si un cinco por ciento se deja examinar a satisfacción. El resto lo hará de mala gana o expresará su protesta en forma vigorosa. No siempre son los gritos estridentes, sino también los arañes y mordiscos. Como si se tratara de clientes de veterinaria.

Los psicólogos dicen que los niños normales no deben conducirse con violencia en las visitas médicas. Pero nos resistimos a admitir que un 95 % de pequeños clientes sean neuróticos futuros. Más bien pensamos que se trata de defectos de educación, o de un miedo heredado de sus progenitores.

AMOR, PUDOR, COLERA Y CELOS

El sentimiento de amor en la niñez está unido al de la gratitud. El que lo alimenta, lo mimas o lo contemple con cariño. Así se explica el afecto de los niños por sus nodrizas, que a veces suele exceder al que sienten por sus madres. De allí el aforismo conocido: no es propiamente madre la que engendra sino la que nutre. El apego que la niña siente por el padre y el niño por la madre, se explica por la ley de los contrastes, antes que por el escabroso complejo de Edipo que plantea Freud.

El niño experimenta un cariño natural por sus hermanos, pero es curioso advertir la actitud de éste ante el recién nacido. Su primera reacción es de sorpresa cuando oye gritar al nuevo párvulo. Lo mira con curiosidad, como una cosa extraña en el se-

no del hogar y sólo se decide a tocarlo después de la primera semana de existencia. No deja de experimentar celos por el recién llegado, al que considera poco menos que un intruso y su actitud de reserva es una especie de sentimiento innato de defensa, por el temor de sentirse desplazado en el afecto de sus padres. Expresa su cariño a estos, antes que por besos, como lo hacen los mayorcitos, por frotamientos y contactos de su cuerpo. El sentido del tacto se halla muy desarrollado en los pequeños, ligado a la epidermis de su cuerpo, y así se explica la voluptuosidad que experimentan con ocasión del baño tibio. Un niño acostumbrado a recibirlo a determinada hora, lo reclamará con movimientos de inquietud y hasta por gritos.

El pudor es un sentimiento posterior. Hasta los tres, y a veces hasta los cinco años, el niño no tiene ningún reparo en exhibir desnudas las partes de su cuerpo. El niño no puede ni debe tener otra idea de sus órganos pudendos que la de que sirven para la micción. Por eso es frecuente ver a los mayorcitos empuñar *su* miembro y hacer aguas en plena vía pública, con la mayor naturalidad y desenfado.

Freud cita el caso de una niña de cinco años que mirando en el baño a su hermanito *se* dio cuenta que estaba conformada de modo diferente, pues le hacía falta un órgano visible, y experimentó un sentimiento de inferioridad que le acompañó buena parte de su vida. A esto llama Freud complejo de castración.

La cólera es un sentimiento que se observa en los niños excitable. Generalmente está ligada a una irritabilidad del sistema nervioso. Los que la experimentan a menudo, están condenados a ser neuróticos en el futuro. Si un niño mayorcito tropieza con un objeto, y se hace daño, lo hace a aquel responsable de la culpa. Lo apostrofa y concluye tirándolo violentamente al suelo como imponiéndole un castigo.

La crueldad es otro sentimiento natural en el niño, pero que cuando se agudiza puede convertirse en algo patológico. Generalmente lo demuestra con animales domésticos o con las aves. Se complace en tirarles el rabo y las orejas a los perros y gatos de la casa, y, más grandecito, persigue a los pájaros con horquetas de liga o con escopetas de viento. No es el deporte de la caza, porque no cobra las piezas con el objeto de comerlas sino

que se contenta con perseguir a gorriones inocentes (3).

Hay que corregir al niño en sus instintos. Al pirómano, al que demuestra inclinación morbosa por el sexo opuesto, es preciso reprimirlo. Nos parece absurda una escuela nueva que pretende no contrariar al niño, con objeto de que desarrolle libremente sus inclinaciones y a título de que la represión puede ser una fuente de neurosis. Pero, ¿no es preferible un neurótico educado a un delincuente sin escrúpulos? Por lo demás, ya escribió Rousseau: "Si al niño lo dejaran crecer merced a sus impulsos, acabaría matando al padre y desposándose con la autora de sus días."

SIMULACIÓN Y MENTIRA

El niño ha sido comparado al mitómano, a causa de su tendencia fabulista. Imagina o inventa sin cesar. Pero se trata de una imaginación quimérica y desorbitada, fuera de los límites de la realidad. Monologa como Segismundo en el universo que es su causa. Más tarde no le bastará el mundo por morada.

Discurre sin cesar en el reino de la fantasía y recurre a las extravagancias más absurdas. Construye castillos en el aire y forja planes imaginarios. Tan pronto es Rey como Almirante. General ante sus soldados de plomo, o Comodoro frente a sus barcos de papel. Pero no se trata del delirio paranoico. Más bien de la constitución esquizo-tímica del poeta.

La mentira en el niño obedece a una ilusión de los sentidos. Como el filósofo del conocimiento,

se engaña respecto a la cosa en sí o su significado. Los niños y los locos dicen la verdad, reza un común adagio, pero esta es una de las frases usuales que merece revisión. Prueba de esto es el escaso testimonio que los jueces asignan a las declaraciones de los niños. Ya Montaigne decía: "Les enfants sont naturellement menteurs et entetés" (4).

Al lado de perversopolymorphe de Freud, que miente por su debilidad mental o por su tara psíquica hay el fabulador a **outrance**. La criatura hecha a imagen y semejanza del creador que quiere crear un mundo de la nada.

Uno de nuestros clientes de cinco años, hijo de padres perfectamente equilibrados y pertenecientes a un medio social acomodado, era un mitómano incorregible. Decía que con un machete había ultimado a cinco tipos: Gallo ronco, raspa balsa, guaguargaruta, peje sapo y picho e lora (5).

EL NIÑO Y EL ARTE

El arte no es propio de la infancia de los individuos como de los pueblos. Es expresión de perfecta madurez y de criterio estético, como aporte definitivo de cultura. La música y el dibujo, en sus manifestaciones más ele-

(3) Víctor Hugo decía: «j' était petit, j' était enfant j, était cruel». Y más recientemente, Lenin: «El extremismo, es una enfermedad infantil del comunismo».

(4) Testa-rudos.

(5) Obsérvese la e'ipsis **gramatical** en el último apodo.

mentales, son las únicas que preocupan la atención del niño. Los dibujos de los pequeñuelos, reproducen la mentalidad del hombre primitivo o la del esquizofrénico. Evocan las pinturas rupestres de la época de las cavernas, o las del pintor Gaugin, en su retorno de las islas polinesias.

A una temprana edad comienza a interesarse por el colorido, predominando los tonos azul, rojo y amarillo. Pintará un sujeto de perfil, pero le pondrá dos ojos. A una figura que represente el padre, no dejará de ponerle un rótulo: mi papá. Como el griego antiguo, carece del sentido de la perspectiva. Todas sus figuras aparecerán en primer plano. A un caballo le pondrá las cuatro patas paralelas entre sí. Un sombrero le colocará superficialmente sobre la cabeza.

El niño no tiene afición por el paisaje. Esto significa lo abstracto o un amor por la naturaleza propio de la edad adulta y de las civilizaciones viejas. Algunos dibujos infantiles semejan los bocetos de pintores futuristas o los corifeos del cubismo, creadores de una geometría arbitraria que no recuerda en nada a la euclidiana.

El niño aprende a dibujar copiando las figuras de los libros de estampas. Pero el muchacho

campesino tiene otra perspectiva. Carece de los citados álbumes, pero en cambio se inspira en la sombra que proyectan los árboles y los objetos del campo. Tal sería la historia del dibujo, según la versión griega. Como tal fue la concepción del almirante para el primitivo, cuya idea surgió cuando vio su sombra reflejada por el sol (Spencer). En ambos casos, se alude sólo a imágenes. Los antiguos creían también que los muertos no hacían sombra.

El niño es el poeta de su vida. Como en las civilizaciones primitivas, la poesía es manifestación inicial de arte con los cantos gnósticos o himnos corales, la ronda infantil reemplaza al coro órfico de la antigüedad. Pero como se halla en la edad del balbuceo, recurre a las dislalias. Cuando canta:

Matan tiro, tirum liro
Matan tiro, tirum lá...

Esta incoherencia lírica del niño recuerda la gemianía del lenguaje. Cuando la ronda sabática contaba en la edad media en torno a un pelele condenado al fuego;

Mirlabati Surlabab
Mirliton ribonribette
Surlababi mirlabab
Mirliton ribonribó.

busca sólo la eufonía. Como el lírico de la Jitanjafora se embriaga con el sabor dionisiaco de la palabra. De palabras recién creadas, libres de las ataduras de la gramática y de las leyes del idioma. El niño, a imitación del lírico mencionado, sólo busca la eufonía.

A semejanza del poeta (6), se metamorfosea de mil modos, sueña despierto, y es entonces príncipe, espadachín, mágico. Como vive en el mundo de la alegoría, su imaginación llega a ser tan real, que no teme disfrazarse, para realizar la transformación total. Pero nunca lo hace en forma peyorativa. Jamás recurrirá a los harapos del hampón o a los guiñapos del mendigo. Su sobre estimación no se lo permite. Cuando más, descenderá a ser gendarme o boxeador.

El niño *no* se interesa por la arquitectura. El no hace distinciones en materia de estilos. Las casas serán siempre cubos rectangulares, con ventanas. En este género, vuelve a coincidir con el cubismo y con el estilo de lo*-Ptolomeo.3.

Más marcada es la afición del niño por la música. Es corriente ver a los mayorcitos acompañar a las bandas de música por las calles, así como la predilección que muestran por las cornetas y tambores. Desde los dos años sienten inclinaciones musicales, pero prefiriendo el ritmo a la melodía. Su compás es de dos

(6) Adler dice que se trata de un proceso de compensación. El niño se refugia, en la poesía ante el complejo de inferioridad física, psíquica y social ante la vida.

tiempos como la música del tam-tam, o el redoble del tambor. Hasta en los niños retrasados mentalmente, como en los mongoloides, se nota esta afición por la cadencia musical.

LENGUAJE INFANTIL

He aquí un acápite sobre el que se podría escribir un libro. Nosotros mismos en un capítulo sobre Psico-Patología del lenguaje hemos estudiado esta cuestión, bajo el punto de vista de las dislalias, comunes a los niños y los esquizofrénicos. Aquí nos vamos a contentar con abordar someramente el tema.

En el principio era el verbo, dice el Génesis. Pero debemos convenir con Goethe que en el "orincipio era la acción. En efecto, en el estado primigenio de la civilización, los hombres se encendían por mímica. Lo mismo le ocurre al infante antes de hablar. Señala con la mano los objetos que desea.

Los animales hablan el lenguaje *de* las interjecciones, que se oyen al del infante por su sentido onomatopéyico. El pato dice CUAC. El perro GUA. El gato MIAU, etc. El niño *se* vale de fonemas en que se repite la misma sílaba: MA-MA. TA-TA. LU-LU, etc.

El salvaje también se sirve de la armonía imitativa, al igual que el niño. Llama BUM, al trueno. TAN-TAN, al tambor, etc., y es que el salvaje es un niño adulto, como el niño es un salvaje en miniatura. Otra vez la ontogenia reproduciendo la filogenia.

Entre los doce y catorce meses, comienza el infante a articular.

Antes prorrumpe en gritos sin significación alguna, pero que los padres en su exagerado amor filial, llegan a interpretarlos a su antojo.

Entre las onomatopeyas que pronuncia sólo cinco tienen un origen nativista, según Preyer. El resto lo habría oído a los adultos. Cita el caso del hijo de un psicólogo que oyó a un pato decir CUAC, y, en adelante, a toda ave que veía la bautizaba con el nombre de CUAC.

El niño a todo juguete musical o que haga ruido lo llamará CHIN-CHIN. Así como dará el nombre de PA-PA a todo sujeto de sus simpatías.

El infante es un gran amigo de crear fonemas. Inventa una palabra y se apropia de ella como de un juguete. Se recrea con su uso y lo repite indefinidamente. En los paranoicos y en los dementes circulares también se encuentra esta modalidad: Inventan neologismos y los repiten incesantemente. También, a semejanza de los loros, son capaces de fijar y pronunciar voces cuyo significado no conocen. Así es frecuente oír a los niños cuites repetir voces obcnas, oídas

al muchacho de la calle (ecolalia).

A menudo el niño habla en tercera persona. Esto parece ser una claudicación de su personalidad en agraz, pero no se trata de eso. Bien al contrario de ello. Desde muy pequeño, a los dos años, y a veces antes, el sentido de la individualidad se halla unido al de la posesión. El derecho de propiedad trata de ejercerlo a todo trance. El "eso es mío" lo está revelando como un animal de presa.

Si dice: bebe quiere dulce. Niño quiere pasear, tales locuciones obedecen al prurito de 1" * personas grandes de aniñarse para ponerse más al alcance del pequeño.

Cuando el niño dice ma-ma, antes que llamar a su madre, está haciendo alusión al seno materno, pues su única preocupación es la lactancia. Por esta misma razón, madre tiene su equivalente en matriz, hystero en griego. Y es sabido que el niño se nutre nueve meses en el vientre materno. Nuevamente la ontogenia en ayuda de la filogenia.

Hasta la edad escolar, el niño construye incorrectamente y usa

en forma arbitraria los tiempos de conjugación. Al principio sólo retendrá los sustantivos. Después los adjetivos. Pero los verbos los usará siempre en infinitivo. A Menudo también los emplea en gerundio, con lo que recuerda el lenguaje de los bárbaros. Entre nosotros, de los indios. Así dirá: bebe comiendo plátano. Niño querer pasear.

Por la ley del menor esfuerzo el niño tiende a hablar en forma sincopada, y dando a veces la impresión de un pequeño tartamudo. Pero se trata de que sustituye unas letras por otras o de que forma aféresis. Dice por ejemplo: ama, para significar la cama. Eche, para denominar la leche. También se expresa en forma sintética, al estilo de los telegramas en los que se sustituyen las conjunciones y artículos. Por ejemplo: si el niño expresa: chacha auto, querrá decir con eso ,que quiere que 1* muchacha lo saque a pasear en auto.

Pero preferirá expresarse en onomatopeya, sustituyendo la palabra auto, por abúa. Este último vocablo traduce la bocin?, unida íntimamente a la idea del vehículo.

Una pequeña cliente de dos años hablaba en onomatopeya, cuando llamaba a la mandolina: *guin-guinga*.

Sigismund anota que los salvajes de la Polinesia, llamaban al Capitán Cook, (se pronuncia en inglés Cuk) Tut. He allí un hermoso ejemplo de la infantia linguae. El mismo autor refiere que su hijo, entre vocablos y gestos animados, le dijo un día: Atten, Beene, Tilen, Bací, Eine,

Puff, Anna. Con lo que quería contarle que había ido al jardín (Atten-Garden) y comido fresas y cerezas (Beene, Titte-Beeren y Kirschen). Que había arrojado piedras al arroyo (Bach, Eine, Puff-Bach Steine, puff) y, finalmente, que había encontrado a Ana.

El sistema de hablar en comprimido de los niños recibe el nombre de akatafasia, y esa especie de tartamudeo o de angustia fonética que se observa en el pequeño, y que le hace suplir con gestos o con gritos el significado de una frase, se conoce en el nombre de bradifasia. Esto último halla su explicación en que PO están bien coordinados los centros de ideación y los de articulación.

Es común que sustituye la letra R por la L y diga CALO en lugar de CARPO, etc., por la ley del menor esfuerzo (7) así como que reemplace la S por la CH, consonantes que no tienen la menor analogía. Acaso esto último por el sonido onomatopéyico de la consonante compuesta, y así dirá CHI, en lugar del afirmativo SI.

Los niños, lo mismo que los bárbaros, incurren en vicios del lenguaje. No es raro que fabriquen como los montuvios, anaptixis, merced a metaplasmos. Intercalando una vocal entre las consonantes. Así dirán cacado e Inglaterra, en lugar de cacao de Inglaterra. Así mismo incurren

(7) Curiosa es la correspondencia fonética en idiomas disímiles. El niño alemán sustituye también la R por la L y dice: "Welfen en lugar de, Werféri: Arrojar.